

doble á estos dos artistas en farsas trágicas; así es que, antes de que pongan manos á su obra, se hace necesario descubrir la cabeza á que servían de brazo. Bonaparte, al ser nombrado Primer Cónsul, encontró á Fouché dirigiendo la policía general. La Revolución había hecho francamente y con razón un ministerio especial de la policía. Pero, al volver de Marengo, Bonaparte creó la prefectura de policía, colocó en ella á Dubois y llevó á Fouché al consejo de Estado, dándole por sucesor en el ministerio al convencional Cochón, que fué más tarde conde de Lapparent. Fouché, que consideraba el ministerio de policía como más importante en un gobierno de grandes miras y de política peligrosa, consideró este cambio como una desgracia para él, ó, por lo menos, como una desconfianza. Después de haber reconocido, en los asuntos de la máquina infernal y de la conspiración de que se trata aquí, la excesiva superioridad de este gran hombre de Estado, Napoleón volvió á encargarle del ministerio de policía. Más tarde, asustado del talento que desplegó Fouché durante su ausencia, en el asunto de Walcheren, el emperador encargó de este ministerio al duque de Rovigo y envió al duque de Otrante á gobernar las provincias ilirias, un verdadero destierro.

Este singular genio que inspiró á Napoleón una especie de terror, no se declaró de pronto en Fouché. Este obscuro convencional, uno de los hombres más extraordinarios y peor juzgados de este tiempo, se formó en medio de las tormentas. Se elevó, bajo el Directorio, á la altura desde donde los hombres profundos saben ver el porvenir juzgando el pasado; después, de pronto, como algunos autores que se hacen buenos de la noche á la mañana, dió pruebas de ingenio durante la rápida revolución del 18 de brumario. Este hombre de rostro pálido, educado en el disimulo monástico, que poseía los secretos de los montañeses, á los que perteneció, y los de los realistas, á quienes acabó por pertenecer, había estudiado, lenta y silenciosamente, los hombres, las cosas y los intereses de la escena política; penetró los secretos de Bonaparte y le dió útiles consejos y preciosos informes. Satisfecho de haber demostrado su destreza y su utili-

dad, Fouché se había guardado de descubrirse por completo, y quería permanecer á la cabeza de los asuntos políticos; pero las dudas de Napoleón respecto á él le devolvieron su libertad política. La ingratitud, ó más bien la desconfianza del emperador después del asunto de Walcheren, explicó á este hombre, que, desgraciadamente para él, no era un gran señor, y cuya conducta fué igual á la del príncipe de Talleyrand. En este momento, ni sus antiguos ni sus nuevos colegas sospecharon la amplitud de su genio, puramente ministerial, esencialmente gubernamental, exacto en todas sus provisiones y de una increíble sagacidad. Hoy, es indudable para todo historiador imparcial, que el excesivo amor propio de Napoleón fué una de las mil causas de su caída, el cual, por otra parte, expió cruelmente sus culpas. Mostrábase este desconfiado soberano tan celoso de su poder, que este celo influyó en sus actos tanto como su odio secreto contra los hombres hábiles, preciosos legados de la Revolución, con los que hubiera podido formar un gabinete depositario de sus pensamientos. Talleyrand y Fouché no fueron los únicos que le hicieron sombra. La mayor desgracia de los usurpadores es el tener por enemigos á los que les han dado la corona y á aquellos á quienes se la han quitado. Napoleón no convenció nunca por completo de su soberanía á los que había tenido por superiores y por iguales, ni á los que ocupaban cargos por derecho: nadie se creía, pues, obligado con él por juramento. Maligno, hombre de mediano talento, incapaz de apreciar el tenebroso genio de Fouché ni de desconfiar de sus propias apreciaciones, se quemó, como la mariposa se quema en la luz, yendo á rogarle confidencialmente que le enviase agentes á Gondreville, donde, según él, esperaba obtener luces sobre la conspiración. Fouché, sin espantar á su amigo con preguntas, se preguntó el porqué iba Maligno á Gondreville y el cómo no daba en París, é inmediatamente, los informes que podía tener. El ex oratoriano, pensando con malicia en el doble papel desempeñado por muchos convencionales, se dijo:

—¿Cómo puede saber Maligno algo, cuando nosotros no sabemos aún gran cosa?

Fouché dedujo de esta pregunta que se trataba de alguna complicidad latente ó expectante, y se guardó bien de decir nada al Primer Cónsul. Prefería constituir en instrumento suyo á Maligno, que perderlo. Fouché se reservaba de este modo una gran parte de los secretos que sorprendía, y adquiriría sobre las personas un poder superior al de Bonaparte. Esta duplicidad fué una de las preocupaciones de Napoleón contra su ministro. Fouché conocía las artimañas á que Maligno debía su tierra de Gondreville y que le obligaban á vigilar á los señores de Simeuse. Los Simeuse servían en el ejército de Condé, la señorita de Cinq-Cygne era su prima; podían, pues, encontrarse en los alrededores y tomar parte en la empresa, implicando su participación en el complot la participación en el de la casa de Condé, á la que eran adictos. Los señores Talleyrand y Fouché aspiraban á iluminar este obscurísimo rincón de la conspiración de 1803. Fouché se hizo todas estas observaciones rápidamente y con lucidez. Pero existían entre Maligno, Talleyrand y él lazos que le obligaban á emplear la mayor circunspección y le hacían desear el conocer perfectamente el interior del palacio de Gondreville. Corentín era adicto sin reserva á Fouché, como el señor de la Besnardiere al príncipe de Talleyrand, como Gentz á Metternich, como Dundas á Pitt, como Duroc á Napoleón y como Chavigny al cardenal de Richelieu. Corentín fué, no el consejero de este ministro, sino su brazo derecho, el Tristán secreto del Luis XI de pie pequeño; así es que Fouché lo había dejado en el ministerio de policía á fin de conservar allí un hombre y un brazo. Según se decía, este muchacho debía estar unido á Fouché por uno de esos lazos que no se confiesan, pues le recompensaba con profusión siempre que utilizaba sus servicios. Corentín se había hecho amigo de Peyrade, antiguo discípulo del último jefe de policía; no obstante, tuvo secretos para Peyrade. Corentín recibió de Fouché la orden de explorar el palacio de Gondreville, de inscribir el plano en su memoria y de reconocer sus menores escondites.

—Acaso nos veamos obligados á volver allí, le dijo el ex ministro del mismo modo que Napoleón dijo á sus generales

que examinasen bien el campo de batalla de Austerlitz, hasta donde pensaba recular.

Corentín debía estudiar además la conducta de Maligno, darse cuenta de su influencia en el país y observar á los hombres que tenía allí á su servicio. Fouché consideraba como segura la presencia de los Simeuse en la comarca. Espiando con destreza á aquellos dos oficiales queridos del príncipe de Condé, Peyrade y Corentín podían adquirir preciosos datos acerca de las ramificaciones del complot al otro lado del Rhin. En todo caso, Corentín tenía los fondos, las órdenes y los agentes necesarios para cercar á Cinq-Cygne y espiar el país desde el bosque de Nodeme hasta París. Fouché recomendó la mayor circunspección y no permitió la visita domiciliaria á Cinq-Cygne más que en el caso de que Maligno diese informes positivos. Finalmente, como dato importante, puso en autos á Corentín sobre la inexplicable persona de Michú, que era vigilada hacía ya tres años. Corentín pensó lo mismo que su jefe.

—Maligno conoce la conspiración. ¿Pero quién sabe, se dijo, si Fouché estará también en ella?

Corentín, que salió para Troyes antes que Maligno, se había puesto de acuerdo con el comandante de gendarmes y había escogido los hombres más inteligentes, dándoles por jefe un capitán hábil. Corentín indicó á este capitán como punto de cita el castillo de Gondreville, diciéndole que enviase de noche, á cuatro puntos diferentes del valle de Cinq-Cygne y bastante distantes para no inspirar sospechas, un piquete de doce hombres. Estos cuatro piquetes debían formar un cuadrado é ir estrechándose poco á poco en torno del castillo de Cinq-Cygne. Al dejarlo solo en su palacio durante su consulta con Grevín, Maligno había permitido á Corentín cumplir una parte de su misión. Al volver del parque, el consejero de Estado aseguró tanto á Corentín que los Simeuse y los Hauteserre estaban en el país, que los dos agentes dieron inmediatamente órdenes al capitán, el cual, felizmente para los hidalgos conspiradores, atravesó el bosque por la avenida, mientras que Michú emborrachaba á su espía Violette. El consejero de Estado había empezado por

explicar á Peyrade y á Corentín la asechanza de que acababa de escapar. Los dos parisienses le contaron entonces el episodio de la carabina, y Grevín envió á Violette para obtener algunos informes acerca de lo que pasaba en el pabellón. Para mayor seguridad, Corentín dijo al notario que llevase á su amigo, el consejero de Estado, á dormir á su casa en el pueblecito de Arcís. En el momento en que Michú atravesaba el bosque y corría hacia Cinq-Cygne, Peyrade y Corentín salieron de Gondreville en un mal cabriolé de junco, tirado por un mal caballo de posta y guiado por el sargento de Arcís, uno de los hombres más astutos de la legión y á quien el comandante de Troyes les había recomendado que llevasen consigo.

—La mejor manera de saberlo todo, es previniéndolos, dijo Peyrade á Corentín. En el momento en que estén asustados y que quieran esconder los papeles comprometedores ó huir, caeremos sobre ellos como un rayo. El cordón de gendarmes, estrechándose en torno del castillo, hará el efecto de una red. De este modo no se nos escapará nadie.

—Pueden ustedes enviarles al alcalde, que es muy complaciente; no los quiere mal, y, por lo tanto, no desconfiarán de él, dijo el sargento.

En el momento en que Goulard iba á acostarse, Corentín, que hizo parar el cabriolé en un bosquecito, había ido á decirle confidencialmente que dentro de algunos momentos un agente del gobierno iba á ordenarle que cercase el castillo de Cinq-Cygne, á fin de apoderarse de los señores de Hautesserre y de Simeuse; que en el caso de que hubieran desaparecido, se deseaba saber con seguridad si habían dormido allí la noche anterior, registrar los papeles de la señorita de Cinq-Cygne y acaso prender á los criados y á los amos del castillo.

—La señorita de Cinq-Cygne, dijo Corentín, debe estar protegida por grandes personajes, pues yo tengo la misión secreta de prevenirle de esta visita y de hacer todo lo posible para salvarla, sin comprometerme. Una vez en el ejercicio de mis funciones, no podría hacer nada, porque no soy solo; así es que corra usted al castillo.

Esta visita del alcalde á aquella hora, asombró tanto más á los jugadores, cuanto que Goulard parecía intranquilo.

—¿Dónde está la condesa? preguntó.

—Se está acostando, dijo la señora de Hautesserre.

El alcalde incrédulo se puso á escuchar el ruido que se hacía en el primer piso.

—¿Qué tiene usted hoy, Goulard? le dijo la señora de Hautesserre.

Goulard, sumido en las profundidades de su asombro, examinaba aquellos rostros llenos del candor que se puede tener á cualquier edad. Al ver la tranquila é inocente partida de boston interrumpida, no podía concebir las sospechas de la policía de París.

En este momento, Lorenza, arrodillada en su oratorio, rezaba con fervor por el éxito de la conspiración. ¡Rogaba á Dios que prestase ayuda y socorro á los matadores de Bonaparte! ¡Imploraba á Dios con amor que aniquilase á aquel hombre fatal! El fanatismo de los Harmodios (1), de las Judith, de los Jacobos Clement (2), de los Ankaströem, de las Carlotas Corday (3), de las Limoëlan, animaba aquella hermosa alma, virgen y pura. Catalina preparaba la cama, Gothard cerraba las ventanas, y de este modo, Marta Michú, que estaba debajo de las ventanas de Lorenza y que tiraba piedras, pudo ser observada.

—Señorita, algo ocurre de nuevo, dijo Gothard al ver á una desconocida.

—¡Silencio! dijo Marta en voz baja. Baje usted á hablar conmigo.

Gothard bajó al jardín en menos tiempo del que invierte un pájaro en bajar de un árbol al suelo.

—Dentro de un instante el castillo estará cercado por la gendarmería, le dijo á Gothard; ensilla sin hacer ruido el ca-

(1) Harmodio, ateniense que conspiró con su amigo Aristogiton, contra Hiparco é Hipias.

(2) Asesino de Enrique III, en 1589.

(3) Joven que dió de puñaladas á Marat en un baño y fué guillotinado el 13 de julio de 1793. (Notas del traductor.)

ballo de la señorita y dile que baje por la brecha que hay entre esta torre y las cuadras.

Marta se estremeció al ver á dos pasos de sí á Lorenza, que seguía á Gothard.

—¿Qué hay? dijo Lorenza sencillamente y sin parecer emocionada.

—La conspiración contra el Primer Cónsul está descubierta, dijo Marta al oído á la joven condesa; mi marido, que trata de salvar á sus dos primos de usted, me envía para que le diga que venga usted á hablar con él.

Lorenza reculó tres pasos, miró á Marta y le dijo:

—¿Quién es usted?

—Marta Michú.

—No sé lo que me quiere usted, replicó fríaente la señorita de Cinq-Cygne.

—¡Vamos, que los mata usted! ¡Venga usted, en nombre de los Simeuse! dijo Marta cayendo de rodillas y tendiendo sus manos á Lorenza. ¿No tiene usted aquí ningún papel ni nada que pueda comprometerla? Desde lo alto del bosque, mi marido acaba de ver brillar los sombreros bordados y los fusiles de los gendarmes.

Gothard había empezado por subir al granero, vió á lo lejos relucir las armas de los gendarmes, oyó en medio del profundo silencio del campo el ruido de los caballos, bajó á profunda y ensilló el caballo de su ama, cuyos cascos calzó con trapos Catalina á una indicación de Gothard.

—¿Adónde tengo que ir? dijo Lorenza á Marta, cuya mirada y palabras la impresionaron por su inimitable acento de sinceridad.

—A la brecha, dijo arrastrando consigo á Lorenza. Mi noble marido está allí y ahora va usted á saber lo que vale un Judas.

Catalina entró bruscamente en el salón, tomó el látigo, los guantes, el sombrero y el velo de su ama, y salió. Esta brusca aparición y la acción de Catalina eran una confirmación tan elocuente de las palabras del alcalde, que la señora de Hauteserre y el abate Goujet cambiaron una mirada por la que se comunicaron este horrible pensamiento:

—¡Adiós toda nuestra dicha! Lorenza conspira y ha perdido á sus primos y á los dos Hauteserre.

—¿Qué dice usted? preguntó el señor de Hauteserre á Goulard.

—Que el castillo está cercado y que van ustedes á recibir una visita domiciliaria. En fin, si sus hijos están aquí, hágales escapar, lo mismo que á los señores de Simeuse.

—¡Mis hijos! exclamó la señora de Hauteserre estupefacta.

—Nosotros no hemos visto á nadie, dijo el señor de Hauteserre.

—¡Tanto mejor! dijo Goulard. Pero yo amo demasiado á la familia de Cinq-Cygne y á la de Simeuse para querer que les suceda alguna desgracia. Escúchenme bien, y si tienen ustedes algunos papeles comprometedores...

—¡Papeles! repitió el hidalgo.

—Sí, si tienen alguno, quémelo, repuso el alcalde; yo voy entretanto á entretener á los agentes.

Goulard, que quería estar bien con el elemento realista y con el republicano, salió, y los perros ladraron entonces con violencia.

—Ya no tienen ustedes tiempo, aquí están, dijo el cura. ¿Pero quién prevendrá á la condesa? ¿Dónde está?

—Supongo que por algo habrá venido Catalina á coger su látigo, sus guantes y su sombrero, dijo la señorita Goujet.

Goulard procuró entretener durante algunos minutos á los dos agentes, comunicándoles la inocencia de los habitantes del castillo de Cinq-Cygne.

—Usted no conoce á esta gente, dijo Peyrade riéndose en las narices de Goulard.

Estos dos hombres tan dulcemente siniestros, entraron entonces seguidos del sargento de guardias y de un gendarme. Su presencia heló de espanto á los cuatro apacibles jugadores de boston, que permanecieron en sus sitios respectivos, asustados ante semejante abundancia de fuerzas. El ruido producido por una docena de gendarmes, cuyos caballos piafaban, resonaba en el prado.

—No falta aquí más que la señorita de Cinq-Cygne, dijo Corentín.

—Sin duda está durmiendo en su cuarto, respondió el señor de Hauteserre.

—Vengan ustedes conmigo, señores, dijo Corentín precipitándose en la antesala y de ésta á la escalera, adonde la señorita Goujet y la señora de Hauteserre le siguieron. Cuenten ustedes conmigo, repuso Corentín hablando al oído á la anciana dama. Yo he enviado delante al alcalde para que les avisase á ustedes. Desconfíen de mi colega y confíen en mí. Yo salvaré á todos ustedes.

—¿De qué se trata, pues? preguntó la señorita Goujet.

—De una cuestión de vida ó muerte. ¿No lo saben ustedes? respondió Corentín.

La señora de Hauteserre se desmayó. Con gran asombro de la señorita Goujet y con gran contrariedad de Corentín, la habitación de Lorenza estaba vacía. Seguro de que nadie podía escaparse del parque ni del castillo al valle, cuyas salidas todas estaban tomadas, Corentín mandó subir un gendarme á cada habitación y ordenó que lo registrasen todo, bajando después al salón, donde ya Durieu, su mujer y todos los demás criados estaban reunidos sin poder dominar su espanto. Peyrade estudiaba con sus ojillos azules todas las fisonomías y permanecía frío y tranquilo en medio de este desorden. Cuando Corentín reapareció solo, pues la señorita Goujet prodigaba sus cuidados á la señora de Hauteserre, se oyó ruido de caballos, mezclado con los llantos de un muchacho. Los caballos entraban por la puerta de la reja. En medio de la ansiedad general, apareció un sargento empujando á Gothard, que llevaba las manos atadas, y á Catalina, que iba en medio de dos gendarmes.

—Aquí traemos prisioneros, dijo el sargento. Este perillán iba á caballo y se escapaba.

—¡Imbécil! dijo Corentín al oído al sargento estupefacto. ¡Por qué no dejarlo escapar! De ese modo, persiguiéndolo, hubiéramos podido saber algo.

Gothard había tomado el partido de llorar continuamente, á la manera de los idiotas. Catalina permanecía en una actitud de inocencia y de sencillez que hizo reflexionar profundamente al viejo policía. El discípulo de Lenoir, después de

haber comparado aquellos dos muchachos, después de haber examinado el aire atontado del hidalgo, que él creyó astucia, al inteligente cura que jugaba con las fichas, y la estupefacción de todos los criados y los Durieu, se aproximó á Corentín y le dijo al oído:

—Me parece que tenemos que habérmolas con *buenos peeces*.

Corentín respondió al principio con una mirada, señalando la mesa de juego, y después añadió:

—¡Estaban jugando al boston! Arriba hacían la cama de la dueña, que se ha escapado. Han sido sorprendidos y tendremos que apretarles.

Una brecha tiene siempre su causa y su utilidad. He aquí el cómo y porqué había sido practicada la que se encuentra entre la torre llamada hoy de la señorita y las cuadras. Desde la instalación en Cinq-Cygne del honrado Hauteserre, éste hizo una larga correntera por la cual las aguas del bosque iban á precipitarse en el foso. Dicha correntera venía á ser la cuneta de un camino que separa dos grandes piezas de tierra pertenecientes al castillo, y la había hecho únicamente para poder plantar á ambos lados del camino un centenar de nogales que encontró en un vivero. En once años, estos nogales habían crecido bastante y cubrían casi de sombra á este camino, que conducía al bosquecito de treinta fanegas, comprado recientemente. Cuando el castillo tuvo todos sus habitantes, todos prefirieron pasar por el foso para tomar el camino que se extendía á lo largo de los muros del parque, que no dar la vuelta por la verja. Pasando por allí, y sin querer, la brecha se iba ensanchando por ambos lados, con tanto menos escrúpulo, por cuanto en el siglo xix los fosos son completamente inútiles, y el tutor hablaba muchas veces de sacar partido de ellos. Esta constante demolición producía tierra, grava y piedras, que acabaron por llenar el fondo del foso. El agua, dominada por esta especie de calzada, no la cubría más que en tiempos de lluvia. No obstante, á pesar de estas devastaciones, á las que todo el mundo y la misma condesa había ayudado, la brecha era bastante abrupta para que fuese difícil hacer bajar por ella

á un caballo, y sobre todo para hacerlo subir al camino vecinal; pero en los peligros, parece que los caballos obedecen más fácilmente al pensamiento de sus amos. Mientras que la joven condesa dudaba si debía ó no seguir á Marta y le pedía explicaciones, Michú, que desde lo alto del montículo había seguido los movimientos descritos por los gendarmes y comprendido el plan de los espías, desesperaba del éxito no viendo llegar á nadie. Un piquete de gendarmes seguía el muro del parque, estableciendo distancias como si fuesen centinelas y dejando entre cada hombre lo suficiente para poder entenderse con la voz y con la mirada y para poder escuchar y vigilar los más ligeros ruidos y las cosas más insignificantes. Michú, acostado boca abajo y con el oído pegado á tierra, calculaba, á la manera de los indios, el tiempo que le quedaba, por la intensidad del sonido.

— ¡He llegado demasiado tardel se decía para sus adentros. ¡Violette me lo pagará! Ha tardado demasiado tiempo en emborracharse. ¿Qué hacer?

Oía pasar por delante de la reja al piquete que bajaba del bosque por el camino, y que, por un movimiento semejante al del piquete que venía por la carretera vecinal, iba á encontrarse con éste.

— ¡Aun quedan de cinco á seis minutos! se dijo.

En este momento apareció la condesa, y Michú la empujó hacia el camino que atravesaba el bosque.

— Siga usted todo derecho. Llévala, dijo á su mujer, al lugar en que está un caballo, y no olvides que los gendarmes tienen oídos.

Al ver á Catalina que llevaba el látigo, los guantes y el sombrero, pero sobre todo al ver á la yegua y á Gothard, Michú, de concepción tan rápida como el peligro, resolvió engañar á los gendarmes con tanto éxito como engañó á Violette. Como por magia, Gothard había obligado á la yegua á escalar la brecha.

— ¡Traes calzado el caballo? Abrázame, dijo el administrador estrechando á Gothard entre sus brazos.

Michú dejó á la yegua ir al lado de su ama y tomó los guantes, el sombrero y el látigo.

— Tú eres listo y vas á comprenderme, repuso. Obliga á tu caballo á pasar la brecha, móntalo á pelo y procura atraer hacia á ti á los gendarmes, escapando á través de los campos hacia la quinta, para ver si logras distraer á este piquete, añadió acabando su pensamiento con un gesto que indicaba el camino que debía seguir. Tú, hija mía, dijo á Catalina, como que hay gendarmes en el camino de Cinq-Cygne á Gondreville, lánzate en una dirección contraria á la que va á seguir Gothard y procura llevar á los gendarmes hacia el bosque. En fin, haced de manera que no tengamos que temer nada en este camino.

Catalina y el admirable niño, que debían dar en este asunto tantas pruebas de inteligencia, ejecutaron su maniobra de una manera, que hicieron creer á las dos líneas de gendarmes que se les escapaba la presa. La engañosa claridad de la luna no permitió distinguir la estatura, el traje, el sexo, ni el número de los que les perseguían. Corrieron detrás de ellos en virtud de este famoso axioma: «Es preciso detener al que huye», cuya necesidad acababa de ser demostrada por Corentín al sargento. Michú, que había contado con el instinto de los gendarmes, pudo llegar al bosque algún tiempo después de la joven condesa, á quien Marta había guiado al lugar convenido.

— Corre al pabellón, le dijo á Marta. El bosque debe estar guardado por los parisienses, y es peligroso permanecer aquí.

Michú desató su caballo y rogó á la condesa que le siguiese.

— No seguiré adelante, dijo Lorenza, sin que me dé usted una prueba del interés que se toma por mí, porque, después de todo, es usted Michú.

— Señorita, respondió Michú con voz dulce; mi papel va á ser comprendido con dos palabras. Sin que sepan nada los señores de Simeuse, yo soy el guardián de su fortuna. A este objeto, recibí instrucciones de su difunto padre y de su querida madre, mi protectora. Así es que he desempeñado el papel de jacobino furibundo para poder prestar servicios á mis jóvenes amos; desgraciadamente, empecé demasiado

tarde y no pude salvar á los viejos. Al llegar aquí, la voz de Michú se alteró. Desde la huida de los dos jóvenes, continuó, yo he hecho llegar hasta ellos las sumas necesarias para que pudiesen vivir holgadamente.

—¿Por la casa de Breintmayer de Strasburgo? preguntó Lorenza.

—Sí, señorita, los corresponsales del señor Girel de Troyes, un realista que, para salvar su fortuna, fingió, como yo, que era jacobino. El papel que vuestro cortijero recogió una tarde á la salida de Troyes era relativo á este asunto que podía comprometernos. Yo no vivía ya para mí, sino para ellos, ¿comprende usted? No pude hacerme dueño de Gondreville, porque, dada mi posición, me hubieran cortado el cuello preguntándome en dónde había buscado tanto oro. He preferido rescatar la tierra algo más tarde; pero ese bandido de Marión era el testafarro de otro desalmado, de Maligno. Gondreville volverá á pasar, á pesar de todo, á mano de sus amos. Esto es cosa mía. Hace cuatro horas he tenido á Maligno enfrente de mi fusil. ¡Qué diantre! una vez muerto, Gondreville se venderá y usted puede comprarlo. Caso de que me hubiesen matado, mi mujer le hubiese entregado á usted una carta en que le hubiese dado á usted medios para adquirirlo. Pero este bandido decía á su compadre Grevín, otro canalla, que los señores de Simeuse conspiraban contra el Primer Cónsul, que estaban en el país y que era preferible entregarlos y desembarazarse de ellos, para quedar tranquilo en Gondreville. Pero, como yo había visto venir dos espías, he desarmado mi fusil y no he perdido ni un instante para acudir aquí, creyendo que usted debía saber dónde y cómo se podía advertir del peligro á los jóvenes. Esto es todo.

—Es usted digno de ser noble, dijo Lorenza tendiendo su mano á Michú, que quiso ponerse de rodillas para besarla. Lorenza vió este movimiento, lo previno y le dijo, con un sonido de voz y una mirada que le hicieron en este momento tan feliz como desgraciado era hacía ya once años.

—De pie, Michú.

—Me recompensa usted como si hubiese hecho todo lo

que me queda que hacer, dijo. ¿Lo oye usted? Son los húsares de la guillotina. Vamos á hablar á otra parte.

Y Michú tomó las bridas de la yegua y, poniéndose del lado por el que la condesa daba la espalda, le dijo:

—No se ocupe usted más que de mantenerse bien en la yegua, de arrearle y de preservar la cara de las ramas de árbol que pudiesen arañarle.

Después guió á la joven durante una media hora al galope, dando vueltas y revueltas, y saliendo á veces del camino para tomar á través de los claros del bosque, hasta llegar á un lugar donde se detuvo.

—Yo, que conozco el bosque tan bien como usted, no sé dónde estoy, dijo la condesa mirando en torno suyo.

—Estamos en el centro mismo, respondió. Dos gendarmes vienen detrás de nosotros, pero estamos salvados.

El lugar pintoresco adonde el administrador condujo á Lorenza había de ser tan fatal para los personajes más principales de este drama y para el mismo Michú, que todo historiador tiene el deber de describirlo. Por otra parte, este paisaje, como se verá, se ha hecho célebre en los fastos jurídicos del Imperio.

El bosque de Nodesme pertenecía á un monasterio llamado de Notre-Dame. Este monasterio, tomado, saqueado, demolido, desapareció por completo, lo mismo monjes que bienes. El bosque, objeto de codicia, pasó á ser propiedad de los condes de Champaña, los cuales lo empeñaron más tarde y por fin lo vendieron. En seis siglos, la naturaleza cubrió las ruinas con su rico y poderoso manto verde, y las borró tan bien, que la existencia de uno de los más hermosos conventos sólo estaba indicada por una débil eminencia cubierta de hermosos árboles y cercada de espesos é impenetrables matorrales que, desde 1794, Michú se había complacido en hacer más espesos, plantando acacia espinosa en los intervalos desprovistos de árboles. Al pie de esta eminencia había un estanque, que demostraba la existencia de algún manantial perdido, manantial que quizá había determinado en otro tiempo la fundación del monasterio en aquel lugar. El poseedor de los títulos del bosque de Nodesme sólo